

GUILLERMO SHERIDAN

Saltapatrás

LUGARTENIENTES DEL CARAJO

94

ME REENCONTRÉ CON la palabra *godemiché* en la descabellada y cruel, pero divertida novela de Apollinaire *Les onze mille verges* (1907). La conocí leyendo a Octavio Paz, quien narró haberse encontrado en la casa de Robert Desnos con unos extraños objetos guardados en una vitrina; preguntó qué eran, se mereció la risa de los presentes y, cuando le explicaron que eran unos *godemichés* japoneses se sintió un provinciano.

No menos provinciano, pensé que la palabra era un japonismo, y nada: deriva de *godmicy* —que así figura en un famoso soneto de Ronsard (“C’est un gros instrument par le bout étréci”)—, sustantivo que macarronea *gaude mihi*, frase latina velozmente traducible como *dame gusto*. No sé si *vera* o solo *ben trovata*, en todo caso es etimología sincera para ese artilugio que en español se llama “consolador”, ese “aparato, generalmente en forma de pene, utilizado para la estimulación sexual” que inventaría el *Diccionario* de la Real Academia Española (DRAE).

El lexicólogo Germà Colón i Domènech, en su tratado “Una palabra libre”, rehúsa *gaude mihi* como origen del concepto, pues alega la existencia de un manuscrito catalán del siglo xv titulado *Speculum al foderi* (el espejo de coger) que explica que las damas *molt calt* utilizan un *gedoma* de “cuero suave y algodón” en forma de *vit* para satisfacer sus ardientes *cony*. *Gedoma* vendría a su vez de *godemaci*, voz catalana para nombrar cierta piel de oveja que se curtía en la africana Gadamés y que tenía gran demanda por unir la suavidad a la resistencia, virtudes correctas para fabricar guantes delicados o forrar consoladores impetuosos.

An erotic philology of the Golden Age, muy informado libro de Adrienne Laskier Martin, avisa que *godemaci* cedió su protagonismo consolatorio a *baldrés* (o baldés,

o valdrés), que el viejo *Diccionario* de la RAE describía ruborizado como una “piel de oveja curtida, suave y endeble, que sirve para guantes y otras cosas”. La versión siglo XXI del DRAE sigue callando qué “otras cosas” son las que sí decían su nombre en el xv, como en esta copla que inquiera

Decid, la dama sin nombre
por no ofender al marqués,
¿a cómo vale el valdrés
por falta de cuerpo de hombre?

Cuerpos que faltaban por andar, claro, en guerras o negocios forzaban a las damas *molt calt* al adulterio o a conseguirse unos “gallos con un valdrés hecho en forma de natura de hombre” y a emplearlos con cautela, pues hallarse en posesión de uno se castigaba hasta con doscientos azotes puntuales. De ahí que fuese mejor buscar consuelo en la huerta, como fiziera una lírica viuda vegetariana y tenuemente gongorina:

Tú, rábano piadoso, en este día
visopija serás en mi trabajo;
serás lugarteniente de un carajo,
mi marido serás, legumbre mía.

Tema este, el del “sexo rústico”, que no es raro en el romancero, como explica Laskier Martin, y que antecede las picardías de Belardo, el popular hortelano que, en las baladas albureras de Lope de Vega, confecciona pucheros con vegetales adecuados para toda clase de apetitos.

No ya de nabos ni pieles o maderas, sino de silicon, de vidrio y aun de oro, son los lugartenientes actuales. Tampoco es ya *consolador* —palabra funcional, si no francamente burocrática, de esas que traen al tribunal incluido—. El pegajoso inglés le ha alzado un muro fronterizo a *gaudemihis*, *godemiches* y *valdrés*, y desplazado los ha con *dildo*, ruidito algo pueril, como de hobbit, que ya utiliza Shakespeare y que, desprovisto de historial creíble, se traduce crudamente “back and forth”, como un meneo, pues, similar al *ding-dong* que la gente amurallada como nosotros llama el tilín-tilón. ❧

GUILLERMO SHERIDAN es escritor. El año pasado Ediciones Era puso en circulación su libro más reciente, *Habitación con retratos. Ensayos sobre la vida de Octavio Paz 2*.